

“¿Cómo quieres recibir el trigo que no cosechaste?”. El anciano preguntó: “Entonces, ¿si uno no cosecha no recibe paga?”. Dijo el propietario: “No”. Con esto se alejó el anciano. Los hermanos, al ver lo que había hecho, le hicieron una metanía rogándole se los explicase. Respondió el anciano: “Esto lo hice para ejemplo, que quien no trabaja, no recibe la paga de parte de Dios”.

253. El mismo abba Isaías llamó a un hermano y le lavó los pies. Después, echó un puñado de lentejas en la olla, y cuando hubo hervido, se lo llevó. El hermano le dijo: “No está bien cocido, abba”. Le respondió: “¿No te basta con que haya visto el fuego? Esto es ya una gran consolación”.

254. Dijo también: “Si Dios quiere tener misericordia del alma, y ésta se resiste y no lo acepta, sino que hace propia su voluntad, le permite padecer lo que no quiere, para que ella después lo busque”.

255. Dijo también: “Cuando uno quiere devolver mal por mal, puede, con un solo gesto de la cabeza, lastimar la conciencia del hermano”.

256. Interrogado el mismo abba Isaías sobre la avaricia, respondió: “No creer en Dios, que cuida de ti; desesperar de las promesas de Dios y amar la jactancia”.

257. Preguntado también sobre la difamación, respondió: “No conocer la gloria de Dios, y odiar al prójimo”.

258. Interrogado también sobre la ira, respondió: “Disputa, mentira e ignorancia”.

ABBA ELIAS

Hay varios monjes con este nombre en el Egipto del siglo IV. El presente fue amigo de abba Besarión. El apotegma número 266 es una adición tardía del “Prado espiritual” de Juan Mosco.

259. Dijo abba Elías: “Tres cosas temo: cuando mi alma salga del cuerpo; cuando me presente ante Dios, y cuando se pronuncie la sentencia contra mí”.

260. Decían los ancianos de abba Elías, en Egipto, acerca de abba Agatón: “Es buen abba”. Les dijo el anciano: “Es bueno para su generación”. Le dijeron: “¿Cómo sería para los antiguos?”. Les respondió: “Os dije que es bueno para su generación; pero de los antiguos vi en Escete a uno, que podía detener el sol en el cielo, como Josué, hijo de Nun”. Al oír esto, se admiraron y glorificaron a Dios.

261. Dijo abba Elías, el de la diaconía: “¿Qué puede el pecado donde hay penitencia, y qué puede el amor donde hay soberbia?”.

262. Dijo abba Elías: “Vi a uno que llevaba un odre de vino bajo el brazo; y para avergonzar a los demonios, pues era una visión, dije al hermano: “Hazme la caridad, saca esto. Y al sacarse el manto, no encontré nada. Os digo esto para que no aceptéis lo que veáis con vuestros ojos u oigáis. Observad más bien vuestros pensamientos, lo que tenéis en el corazón y en el alma, sabiendo que son enviados por los demonios para ensuciar el alma y hacerla pensar en lo que no conviene, y distraer al espíritu de (la consideración de) sus pecados de Dios”.

263. Dijo también: “Los hombres tienen la inteligencia que atiende al pecado o a Jesús o a los hombres”.

264. Dijo también: “Si la inteligencia no salmodia con el cuerpo, es vano el esfuerzo. El que ama la aflicción estará después en la alegría y el descanso”.

265. Dijo también: “Un anciano vivía en un templo, y fueron a decirle los demonios: Vete de este lugar, que es nuestro. Dijo el anciano: Vosotros no tenéis lugar propio. Y comenzaron a despararramar sus palmas. El anciano perseveró, y las juntaba. Al fin, el demonio lo tomó de la mano y lo llevó hacia afuera. Cuando llegó el anciano a la puerta, se tomó de ella con la otra mano, mientras gritaba: ¡Jesús, socórreme! En seguida huyó el demonio. El anciano

no se puso a llorar, y el Señor le dijo: ¿Por qué lloras? Respondió el anciano: ¿Cómo se atreven a apoderarse del hombre, y obrar así? Le respondió: Tú fuiste negligente. Pues cuando me buscaste, viste cómo te hallé. Digo esto porque hay necesidad de trabajar mucho, y sin trabajo no es posible poseer a su Dios. Pues él fue crucificado por nosotros”.

266. Un hermano encontró a abba Elías el hesicasta en el cenobio de la gruta de abba Sabas, y le dijo: “Abba, dime una palabra”. El anciano respondió al hermano: “En los días de nuestros padres reinaban estas tres virtudes: la pobreza, la mansedumbre y la abstinencia. Ahora a los monjes los domina la avaricia, la gula y la confianza. Elige lo que quieras”.

ABBA HERACLIO

Este monje vivió durante una época en Escete, junto a abba Agatón.

267. Un hermano que estaba tentado lo dijo a abba Heraclio, y este, para confortarlo, le dijo: “Un anciano tenía un discípulo muy obediente durante muchos años. Una vez fue tentado y, haciendo una metanía al anciano, le dijo: “Hazme monje. Le dijo el anciano: Elige un lugar y te haremos una celda. Alejándose hasta la distancia de una milla encontraron un lugar. Le hicieron la celda, y dijo al hermano: Harás lo que te digo. Cuando estés en la tribulación, come, bebe, duerme; tan sólo evita salir de la celda hasta el sábado, entonces ven a mí. El hermano pasó dos días como le había mandado. Al tercer día sintió acedia y dijo: ¿Por qué ha hecho esto conmigo el anciano? Y levantándose, recitó varios salmos y comió después de la caída del sol, y se fue a dormir sobre su estera. Y vio a un etiope acostado, que rechinaba los dientes contra él. Con mucho miedo fue adonde estaba el anciano, y golpeando la puerta dijo: Abba, apiádate de mí, ábremme. El anciano, que sabía que no había guardado su palabra, no le abrió hasta el amanecer. Al aclarar el día abrió, y lo encontró suplicando afuera, y apiadándose de

él, lo hizo entrar. Le dijo entonces: Te ruego, abba: he visto a un etíope negro sobre mi estera, cuando me iba a dormir. Le respondió: Esto te pasó porque no guardaste mi palabra. Después, lo amaestró según sus fuerzas para seguir la vida monástica, y en poco tiempo se convirtió en un buen monje”.

LETRA THETA

ABBA TEODORO DE FERMO

Este monje vivió durante años en Escete, hasta que la devastación de 407 lo obligó a emigrar hacia Ferme o Fermo, lugar mencionado en el capítulo 20 de la "Historia lausiaca". Teodoro era un hombre fino y educado y había sido ordenado diácono, pero por humildad se negó a ejercer este cargo. Junto con Arsenio era considerado como despreciador de la gloria mundana y afecto a la vida oculta. Tuvo varios discípulos.

268. Abba Teodoro de Fermo tenía tres libros hermosos, y fue adonde estaba abba Macario y le dijo: "Tengo tres hermosos libros, y saco provecho de ellos, y también los hermanos los usan y aprovechan. Dime qué debo hacer: conservarlos para utilidad mía y de los hermanos, o venderlos y dar (el precio) a los pobres". Respondió el anciano, diciendo: "Las obras son buenas, pero la mayor de todas es la pobreza". Habiendo oído esto, fue y los vendió y dio (su precio) a los pobres.

269. Un hermano que residía en Escete fue turbado en su soledad. Fue a decírselo a abba Teodoro de Fermo, y el anciano le dijo: "Ve, humilla tu pensamiento y sométete, y vive con otros". Volvió después al anciano y le dijo: "Tampoco con los hombres estoy tranquilo". El anciano le dijo: "Si no tienes paz solo ni con otros, ¿por qué saliste para hacerte monje? ¿No fue acaso para soportar las tribulaciones? Dime, ¿cuántos años hace que llevas el hábito?". Respondió: "Ocho". Le dijo el anciano: "En verdad, yo llevo en el hábito setenta años y ni un solo día encontré tranquilidad, y tú quieres tener paz después de ocho años". Al oír esto, se marchó fortalecido.

270. Un hermano fue a ver a abba Teodoro, y permaneció durante tres días rogándole le hiciera escuchar una palabra. Mas

él no contestó, y el hermano se alejó entristecido. Su discípulo le preguntó: “Abba, ¿por qué no le dijiste una palabra? Se fue triste”. El anciano le dijo: “En verdad no le he hablado porque es un negociante: quiere gloriarse con las palabras ajenas”.

271. Dijo también: “Si tienes amistad con alguien, y éste cae en la tentación de la impureza, si puedes darle una mano, levántalo. Mas si cae en la herejía, y no puedes convencerlo de que se convierta, apártalo en seguida de ti, no sea que, por la demora, seas atraído con él hacia el abismo”.

272. Decían acerca de abba Teodoro de Fermo que apreciaba sobre todo estas tres cosas: la pobreza, la austeridad y la huida de los hombres”.

273. Un día se recreaba abba Teodoro con los hermanos, y mientras comían tomaban las copas con respeto, pero no decían: “Con perdón”. Dijo abba Teodoro: “Han perdido los monjes su nobleza, que es decir: Con perdón”.

274. Un hermano lo interrogó diciendo: “¿Quieres, abba, que no coma pan durante unos días?”. Respondió el anciano: “Haces bien, yo también lo hice”. El hermano agregó: “Deseo llevar mis garbanzos a la panadería, para hacer harina”. Le dijo el anciano: “Si vas a la panadería, haz tu pan, ¿qué necesidad tienes de hacer esta salida?”.

275. Vino uno de los ancianos para ver a abba Teodoro, y le dijo: “El hermano tal volvió al mundo”. Le respondió el anciano: “¿Te admiras por ello? No te asombres sino de que uno pueda huir de la boca del enemigo”.

276. Vino un hermano adonde estaba abba Teodoro, y comenzó a hablar y discutir acerca de cosas que todavía no había puesto en práctica. Le dijo el anciano: “Todavía no has encontrado la nave ni cargado en ella tu carga, ¿y antes de navegar llegaste a la ciudad? Cuando hayas practicado lo que dices, ven a hablarme de lo que estás hablando ahora”.

277. El mismo fue una vez donde abba Juan, el eunuco de nacimiento, y hablando con él dijo: “Cuando estaba en Escete el trabajo del alma era nuestra ocupación, y al trabajo manual lo teníamos como algo accesorio; ahora es el trabajo del alma el que se ha vuelto accesorio, y el que era accesorio antes, es ahora nuestra ocupación principal”.

278. Un hermano le preguntó: “¿Cuál es tu trabajo del alma que es ahora accesorio para nosotros, y cuál es el accesorio, que se ha convertido en nuestra ocupación principal?”. Le dijo el anciano: “Todo lo que se hace por el mandato de Dios es el trabajo del alma, pero trabajar para sí y reunirse, debemos considerarlo como trabajo accesorio”. Dijo el hermano: “Explícame lo que has dicho”. Dijo el anciano: “Si oyes decir que estoy enfermo, y tú tienes que visitarme, pero dices en tu interior: ¿Tengo que dejar mi trabajo e ir ahora? Más bien, lo concluyo primero y después voy. Y te llega alguna otra ocupación y al fin no vas. Otro hermano te dice: Dame una mano, hermano. Y tú dices: ¿Tendré que dejar mi trabajo e ir a trabajar con este? Si no vas, desechas el mandamiento de Dios, que es el trabajo del alma, y haces el trabajo accesorio, que es el trabajo manual”.

279. Dijo abba Teodoro de Fermo: “Un hombre que está de pie para hacer penitencia no está obligado por la ley”.

280. Dijo el mismo: “No hay virtud igual a la de no despreciar”.

281. Dijo también: “El hombre que ha conocido la dulzura de la celda, huye de su prójimo pero sin despreciarlo”.

282. Dijo también: “Si no me separo de estas compasiones, ellas no me dejan ser monje”.

283. Dijo también: “Muchos en este tiempo han tomado la quietud antes de que Dios se la otorgase”.

284. Dijo también: “No duermas en el lugar en que hay una mujer”.

285. Un hermano interrogó a abba Teodoro diciendo: “Quiero cumplir los mandamientos”. El anciano le contó acerca de abba Teonas quien dijo también una vez: “Quiero cumplir mi pensamiento para con Dios”, y tomando harina de la panadería, hizo pan. Se lo pidieron unos pobres, y les dio los panes. Otros le pidieron, y les dio los canastos y el manto que llevaba, y entró en la celda ceñido con su *maforio* (capuchón con esclavina). Después de esto se lamentaba, diciendo: “No he cumplido el mandamiento de Dios”.

286. Enfermó en una oportunidad abba José, y mandó decir a abba Teodoro: “Ven, que te vea antes de salir del cuerpo”. Era a mediados de semana. Y no fue, pero mandó uno que le dijese: “Si duras hasta el sábado, iré; pero si te vas antes, nos veremos en el otro mundo”.

287. Dijo un hermano a abba Teodoro: “Dime una palabra, que perezco”. Con esfuerzo le contestó: “Yo mismo estoy en peligro, ¿qué debería decirte?”.

288. Un hermano vino donde abba Teodoro para que le enseñara a trenzar, y trajo consigo una cuerda. El anciano le dijo: “Vete, y vuelve aquí mañana”. Levantándose entonces el anciano, mojó su cuerda y preparó lo necesario, diciendo: “Haz así y así”, y lo dejó. Fue a su celda el anciano, y permaneció allí. Cuando llegó la hora le dio de comer y lo despidió. Volvió a la mañana siguiente y el anciano le dijo: “Saca de aquí tu cuerda y aléjate; viniste para ponerme en tentación y preocuparme”. Y no le permitió entrar más.

289. Contaba un discípulo de abba Teodoro: “Vino un hombre que vendía cebollas y me llenó (con ellas) una vasija. Dijo el anciano: Llena una de trigo y dásela. Había dos montones de trigo, uno limpio y otro sin limpiar, y la llené del sucio. El anciano me miró con cólera y tristeza; a causa del temor, caí y rompí la vasija. Hice entonces una metanía, y el anciano me dijo: Levántate, no tienes la culpa; yo fui el que pequé, porque te hablé. Y entrando el anciano, llenó su pecho con trigo limpio y se lo dio juntamente con las cebollas”.

290. Abba Teodoro iba con un hermano a buscar agua; adelantándose el hermano vio en el pozo un dragón. El anciano le dijo: “Ve y písale la cabeza”. Mas él, temeroso, no fue. Fue entonces el anciano, y cuando el reptil lo vio, huyó avergonzado al desierto.

291. Preguntó uno a abba Teodoro: “Si sobreviniera súbitamente una catástrofe, ¿temerías tú también, abba?”. Le dijo el anciano: “Aunque se mezclaran el cielo y la tierra Teodoro no tiene miedo”. En efecto, había rogado a Dios para que alejase de él el miedo. Por eso lo interrogaba.

292. Decían de él que cuando fue ordenado diácono en Escete no quiso asumir el ministerio, y escapaba a muchos lugares. Y los ancianos lo traían de nuevo, diciéndole: “No abandones tu ministerio”. Les dijo abba Teodoro: “Permitidme que ore a Dios para que me revele que debo permanecer en el lugar de mi servicio”. Oró a Dios, diciendo: “Si es tu voluntad que permanezca en mi lugar, revélamelo”. Y le fue mostrada una columna de fuego desde la tierra hasta el cielo, y una voz que decía: “Si puedes hacerte como esta columna, ve y ejerce el diaconado”. A oírlo decidió que nunca lo aceptaría. Cuando fue a la iglesia, le hicieron los hermanos una metanía diciendo: “Si no quieres oficiar, al menos sostén el cáliz”. Pero no quiso, diciendo: “Si no me dejáis, me alejaré de este lugar”. Y así le dejaron.

293. Contaban de él que, cuando fue devastada Escete, fue a vivir a Fermo. Siendo anciano enfermó; le llevaban alimentos, pero lo que le traía el primero se lo daba al segundo y así por orden, lo que recibía del anterior se lo daba al siguiente. Cuando llegaba la hora de comer, comía lo que le traía el que venía entonces.

294. Decían de abba Teodoro que mientras vivía en Escete vino un demonio adonde él estaba, deseando entrar; y lo ató fuera de la celda. Vino otro demonio, que también deseaba entrar, y lo ató igualmente. Vino un tercer demonio, y encontrando atados a los otros dos les dijo: “¿Por qué estáis afuera?”. Le respondieron: “El que está adentro no nos permite entrar”. Quiso entrar por la fuer-

za, pero el anciano también lo ató. Temiendo las oraciones del anciano le rogaban, diciendo: “Suéltanos”. Les dijo el anciano: “Marchaos”. Al fin, avergonzados, se alejaron.

295. Contó uno de los Padres acerca de abba Teodoro de Fermo: “Vine una vez al atardecer adonde él estaba, y lo encontré vestido con una túnica desgarrada, llevaba el pecho desnudo y el capuchón por delante. Vino a visitarlo un conde. Llamó, y salió a abrirle el anciano, quien, yendo a su encuentro, se sentó a la puerta para conversar con él. Yo tomé parte de su *maforio* y le cubrí los hombros. El anciano extendió la mano y lo arrancó. Cuando se hubo marchado el conde le dije: “Abba, ¿por qué lo hiciste? Este hombre vino para sacar provecho, ¿acaso se habrá escandalizado?”. Me dijo el anciano: “¿Qué me dices, abba? ¿Acaso todavía servimos a los hombres? Hice lo que era preciso, el resto está de más. El que quiere aprovechar, aprovecha; el que quiere escandalizarse, se escandaliza. Yo me mostraré de la manera que me encuentre. Y avisó a su discípulo diciendo: Si alguien viene para verme, no le digas nada de humano, pero si estoy comiendo, di: Come, si estoy durmiendo, di: Duerme”.

296. Fueron una vez a su celda tres ladrones, y dos lo tenían y el otro sacaba sus pertenencias. Después de sacar los libros, quiso también llevarse su túnica, y le dijo: “Deja eso”. Mas no quisieron. Moviendo las manos derribó a los dos (que lo tenían). Y al verlo tuvieron miedo. Les dijo el anciano: “No temáis; haced cuatro partes de todo, tomad tres y dejad una”. Así lo hicieron, para que pudiera él tomar su parte: la túnica para la sinaxis.

ABBA TEODORO DE ENNATON

Teodoro de Ennatón fue compañero de abba Or y discípulo de abba Amún. Ingresó al monasterio de Ennatón, llamado así por encontrarse a nueve millas de la ciudad de Alejandría, en la primera mitad del siglo IV. A fines de ese siglo y en el siguiente, Ennatón era uno de los centros monásticos de más peso en Egipto. Además de Teodoro —que aún vivía en 364— se destacaron en este lugar los abba Lucio y Longino.

297. Dijo abba Teodoro de Ennatón: “Cuando era joven vivía en el desierto. Fui una vez a la panadería para hacer dos panes de harina, y encontré allí un hermano que quería hacer panes y no había quién lo ayudase. Yo, dejando lo mío, le di una mano. Cuando quedé libre vino otro hermano, y también le di una mano e hice dos panes. Vino un tercero, e hice lo mismo. De igual manera hice con cuantos vinieron, e hice seis hornadas. Al fin hice mis dos panes, cuando ya no vino nadie más”.

298. Decían acerca de abba Teodoro y de abba Lucio, de Ennatón, que pasaron cincuenta años burlándose de sus pensamientos y diciendo: “Después de este invierno, nos iremos de aquí”. Cuando llegaba el verano decían: “Después del verano nos iremos de aquí”. Y así hicieron durante todo el tiempo estos Padres inolvidables.

299. Dijo abba Teodoro de Ennatón: “Si Dios nos reprochase las negligencias en la oración y las infidelidades en las salmodias, no podríamos salvarnos”.

ABBA TEODORO DE ESCETE

Es posible que se trate del mismo abba Teodoro de Fermo, que al principio también residía en Escete. El “pensamiento” del que trata el apotegma número 300 es el de lujuria.

300. Dijo abba Teodoro de Escete: “Viene un pensamiento, y me aflige y ocupa, pero no puede llevarme a la acción, sino que solamente molesta a la virtud. El hombre vigilante lo sacude y se levanta para orar”.

ABBA TEODORO DE ELEUTEROPOLIS

Eleuterópolis, ciudad natal de san Epifanio, situada entre Jerusalén y Gaza, era un centro monástico importante de Palestina;

pero nada sabemos del abad Teodoro y del abad Abraham que lo interrogó.

301. Preguntó abba Abraham el Ibero a abba Teodoro de Eleuterópolis, diciendo: “¿Qué es lo bueno, padre, buscar la gloria o la ignominia?”. El anciano dijo: “Yo prefiero buscar la gloria y no la ignominia. Pues si hago una obra buena y me glorío, puedo condenar mi pensamiento porque no soy digno de esa gloria. Pero la ignominia viene de las obras malas. ¿Cómo podré consolar mi corazón si los hombres se escandalizan por culpa mía? Conviene hacer el bien y gloriarse”. Abba Abraham dijo: “Dices bien, Padre”.

ABBA TEODOTO

Nada sabemos de este Padre del desierto. Sus ideas tienen sabor evagriano.

302. Dijo abba Teodoto: “La carencia de pan mortifica el cuerpo del monje”. Pero otro anciano decía: “La vigilia lo mortifica aún más”.

302 A. Dijo también: “No juzgues al fornicador si tú eres continente. Si lo haces, quebrantas igualmente la Ley, pues el que dijo: No fornicarás, dijo también: No juzgarás”.

ABBA TEONAS

Es probable —por la similitud de las ideas— que este abba Teonás sea aquel del cual Casiano trae tres conferencias (Col. 21-22-23). Al principio de la Conferencia 21, Teonás refiere cómo gracias a las exhortaciones de abba Juan había dejado su mujer para hacerse monje en el desierto de Panephrisis.

303. Dijo abba Teonás: “Cuando la mente está ocupada fuera de la contemplación de Dios, nos volvemos esclavos de las pasiones

carnales”. El anciano nos contó que abba Teonás había dicho también: “Quiero llenar mi espíritu de Dios”.

TEOFILO, EL ARZOBISPO

Teófilo, patriarca de Alejandría de 385 hasta 412, se distinguió ante todo por su encarnizada oposición al origenismo y su lucha contra san Juan Crisóstomo. Sus relaciones con los monjes, especialmente en el tiempo de su lucha contra los “Hermanos largos”, no fueron positivas, aunque el arzobispo estimaba mucho a Arsenio y a Pambo. Si figura, incluso con el título de “abba”, en la colección de los apotegmas, es porque se apreciaba su antiorigenismo. Antes de su muerte Teófilo logró reconciliarse con los monjes.

304. El bienaventurado arzobispo Teófilo fue una vez a la montaña de Nitria, y salió a su encuentro el abba del monte. Le dijo el arzobispo: “¿Qué es lo más grande que encontraste en el camino que sigues, Padre?”. Le dijo el anciano: “Acusarse y reprocharse siempre”. Dijo abba Teófilo: “No hay otro camino fuera de él”.

305. El mismo abba Teófilo, el arzobispo, vino una vez a Escete. Reunidos los hermanos dijeron a abba Pambo: “Dile una palabra al Papa, para que aproveche”. El anciano respondió: “Si no aprovecha con mi silencio, tampoco sacará provecho con mi palabra”.

306. Fueron una vez los Padres a Alejandría, llamados por el arzobispo Teófilo, para que orasen y derribasen los templos. Estaban ellos comiendo con él y sirvieron carne de ternero y la comieron, porque no se dieron cuenta. Tomando el obispo un trozo de carne lo dio al anciano que estaba cerca de él, diciendo: “Este es un buen pedazo, come, abba”. Ellos respondieron: “Nosotros hasta ahora hemos comido solamente legumbres. Si es carne, no comemos”. Y ninguno de ellos comió la carne que les servían.

307. Dijo el mismo abba Teófilo: “Qué temor, temblor y estrechez tendremos que ver, cuando el alma se separe del cuerpo.

Vendrán a nosotros los ejércitos y potestades de las fuerzas adversas, los príncipes de las tinieblas, los que mandan el mal, los principados y potestades, los espíritus del mal. A modo de juicio detendrán al alma, poniéndole delante todo lo que pecó con conocimiento o sin él, desde su juventud hasta la edad en que fue tomada. Estarán de pie, acusándola de todo cuanto hizo. Por lo demás, ¿cuánto temblor crees que tendrá el alma en aquella hora, hasta que sea dada la sentencia y reciba la libertad? Esta es la hora de la necesidad, hasta que sepa lo que sucederá. Por otra parte, también las potestades divinas estarán allí, y aportarán las cosas buenas del alma. Piensa en qué temor y temblor estará el alma, puesta en medio, hasta que su juicio reciba la sentencia del justo Juez. Si fuera digna, los demonios recibirán el castigo, y ella será llevada por los ángeles, y serás después sin preocupación, y estarás según lo que está escrito: la morada de los que se alegran está en ti. Se cumplirá entonces aquello de la Escritura: “Huye el dolor, la tristeza y el gemido. Entonces marchará liberada hacia aquella inefable alegría y aquella gloria en que será constituida. Pero si el alma ha sido encontrada viviendo en la negligencia, oírás esa voz terrible: Quítese el impío, para que no vea la gloria de Dios. Recibirá entonces el día de la ira, el día de la tribulación, el día de la oscuridad y tinieblas. Entregado a las tinieblas exteriores y condenado al fuego perpetuo, será castigado por los siglos infinitos. ¿Dónde estará entonces la gloria del mundo? ¿Dónde la vanagloria, las delicias y voluptuosidades? ¿Dónde la imaginación, el descanso, la jactancia, las riquezas, la nobleza, el padre, la madre, el hermano? ¿Quién podrá sacar de los males presentes al alma ardiendo en el fuego, en poder de los acerbos tormentos? Si estos están así ¿cómo no tendremos que ser nosotros en las santas acciones y en las obras buenas? ¿Qué caridad debemos alcanzar? ¿Qué conducta, qué vida, qué carrera, qué diligencia, qué oración, qué prudencia? Dice la Escritura: En esta espera, hagamos todos los esfuerzos para ser encontrados sin mancha e irreprochables en la paz. De tal manera seremos dignos de escuchar: Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo, por todos los siglos de los siglos. Amén”.

308. El mismo abba Teófilo, el arzobispo, estando por morir, dijo: “Bienaventurado eres, abba Arsenio, porque siempre recordaste esta hora”.

AMMA TEODORA

También las mujeres tuvieron su lugar de honor en la lucha espiritual del desierto. Esta es la primera "amma", mencionada en los apotegmas, pero sin aclarar nada de su vida. La "Historia lausíaca" habla de Teodora como viuda de un tribuno, que abrazó el camino de la pobreza total, gozó de la consideración de los monjes y finalmente murió en el monasterio de Hesychas, a orillas del mar.

309. Interrogó amma Teodora al papa Teófilo acerca de la palabra del Apóstol: "¿Qué significa 'redimiendo el tiempo'?" Le respondió: "Esta palabra indica la ganancia. Por ejemplo, ¿es para ti el tiempo de la injuria?, adquiere con la humildad y la paciencia el tiempo de la injuria, y conviértelo en ganancia. ¿Es el tiempo del deshonor?, adquiere por la tolerancia el tiempo, y lo ganarás. De esta manera, todo lo que nos es adverso, si queremos, se volverá provechoso para nosotros".

310. Dijo amma Teodora: "Luchad para entrar por la puerta angosta. Así como los árboles, si no sufren las tempestades del invierno, no pueden dar fruto, tampoco nosotros, para quienes este tiempo es como el invierno, no podremos heredar el reino de los cielos sino es a través de las muchas tribulaciones y tentaciones".

311. Dijo también: "Es buena cosa vivir en la *hesiquía*. El varón prudente obra en el recogimiento. Es en verdad gran cosa para la virgen o el monje, sobre todo para los jóvenes adquirir recogimiento. Pero debes saber que en cuanto se propone la calma, viene en seguida el mal y grava el alma con la acedia, la pusilanimidad, los pensamientos. Grava también el cuerpo, con las enfermedades, la atonía, la debilidad de las rodillas y de todos los miembros, disuelve la fuerza del alma y del cuerpo, y así, porque estoy enfermo, no puedo recitar la sinaxis. Pero si somos vigilantes, todo esto desaparece. Había un monje que, cuando iba a recitar su sinaxis, era presa de escalofríos y fiebre, y sufría dolores de cabeza. Y entonces se decía a sí mismo: Estoy enfermo y próximo a la muerte. Me levantaré antes de morir y haré la sinaxis. Hacía violencia a

su pensamiento, y celebraba la sinaxis. Cuando terminaba, lo abandonaba la fiebre. El hermano resistía a este pensamiento y celebraba la sinaxis, y de esta manera venció al pensamiento”.

312. Dijo la misma amma Teodora: “Un hombre piadoso fue injuriado por alguien y le dijo: Podría responderte con algo parecido, pero la ley de Dios me cerró la boca”. Dijo también: “Un cristiano disputaba con un maniqueo acerca del cuerpo y se expresó de esta manera: Dale una ley al cuerpo, y verás que el cuerpo es para el que lo formó”.

313. Dijo la misma: “El maestro debe ser extraño a la avaricia y la vanagloria, alejado de la soberbia, no sujeto a la alabanza ni engegucido por los dones, no vencido por el vientre ni prisionero de la ira, sino paciente, misericordioso, humilde en cuanto se pueda; debe ser probado y tolerante, aplicado y amante de las almas”.

314. Dijo la misma: “Ni la ascesis, ni las vigiliias, ni trabajo alguno salvan, sino la humildad sincera. Había un anacoreta que expulsaba los demonios, y les preguntó: ¿Por qué salís? ¿Por el ayuno? Respondieron: Nosotros no comemos ni bebemos. ¿Por las vigiliias? Respondieron: Nosotros no dormimos. ¿Por la soledad? Nosotros vivimos en los desiertos. ¿Por qué salís, pues? Y respondieron: Nada puede vencernos, sino la humildad. ¿Ves cómo la humildad es la victoria sobre los demonios?”

315. Dijo también amma Teodora: “Había un monje que, a causa de la abundancia de tentación, dijo: Me iré de aquí. Cuando ya había tomado las sandalias vio a otro hombre que había tomado también sus sandalias y le decía: ¿Te vas por mí? Yo te precederé dondequiera que vayas”.

315 A. (953) Interrogaron a la misma sobre las conversaciones: “¿Cómo es posible escuchar habitualmente conversaciones mundanas y vivir solamente para Dios, como dices tú?”. Respondió: “Cuando te sientas a la mesa y hay sobre ella abundancia de manjares, te sirves, pero sin placer; del mismo modo, cuando llegan a tus oídos las palabras mundanas ten el corazón dirigido hacia Dios, y por esta disposición no te deleitarás en lo que oyes ni sufrirás perjuicio”.

315 B. (954) Había otro monje que sufría picazón en su cuerpo y estaba lleno de gusanos. Era de origen rico. Los demonios le dijeron: “¿Cómo vives así, cubierto de gusanos?”. Y venció por su grandeza de alma.

315 C. (955) Uno de los ancianos interrogó a amma Teodora, diciendo: “¿Cómo resucitaremos en la resurrección de los muertos?”. Le respondió: “Tenemos como prenda, ejemplo y primicias al que murió y resucitó por nosotros, Cristo nuestro Dios”.

LETRA IOTA

ABBA JUAN COLOBOS (O EL ENANO)

Se trata de una de las figuras de mayor prestigio entre los Padres del desierto. Nacido de padres pobres en Tese, alrededor de 339, llegó a Escete a la edad de dieciocho años. Durante doce años se sometió a las enseñanzas de abba Amoes, convirtiéndose después él mismo en maestro de muchos discípulos. A pesar de su amor por la soledad estaba siempre pronto para ir en ayuda de otros. Después de la devastación de 407 se trasladó a la región de Suez y de la montaña de Antonio. La cantidad de apotegmas que se le atribuyen revelan la importancia de su rango entre los Padres del desierto.

316. Se refería de abba Juan Colobos que, habiéndose retirado junto a un anciano tebeo en Escete, permaneció en el desierto. Tomó su abba un leño seco, lo plantó y le dijo: “Echale diariamente una botella de agua, hasta que dé fruto”. El agua se encontraba a mucha distancia, de modo que debía ir por la tarde y regresar por la mañana. Después de tres años, revivió y dio fruto, y tomando el anciano el fruto, lo llevó a la iglesia y dijo a los hermanos: “Tomad, comed el fruto de la obediencia”.

317. Contaban de abba Juan Colobos que una vez dijo a su hermano mayor: “Quiero vivir sin preocupación alguna, como los ángeles que no tienen preocupación y no trabajan, sino que dan culto a Dios ininterrumpidamente”. Quitándose el manto, partió al desierto. Después de una semana regresó adonde estaba su hermano. Cuando llamó a la puerta, su hermano lo reconoció antes de abrirle, y le dijo: “¿Quién eres tú?”. Respondió: “Soy Juan, tu hermano”. Mas él dijo: “Juan se ha convertido en ángel, y no está ya entre los hombres”. Mas él rogaba, diciendo: “Soy yo”. Pero no le abrió, sino que lo dejó padeciendo hasta la mañana. Al fin le abrió y le dijo: “Eres hombre, y tienes necesidad de trabajar para alimentarte”. Hizo una metanía, diciendo: “Perdóname”.

318. Dijo abba Juan Colobos: “Si el emperador quisiera apoderarse de una ciudad enemiga, se apoderaría primeramente del agua y del alimento, y de este modo, los enemigos, pereciendo por el hambre, se someterían a él. Lo mismo ocurre con las pasiones de la carne: si el hombre vive en el ayuno y el hambre, se debilitarán los enemigos de su alma”.

319. Dijo también: “El que está saciado y habla con un niño, ya pecó con él en pensamiento”.

320. Dijo también: “Iba una vez por el camino de Escete trezando una cuerda, y encontré un camellero que hablaba y me movía a la ira; entonces, dejando mis utensilios, hui”.

321. “Otra vez, en el verano, oí que un hermano hablaba con ira a su hermano, diciendo: Así que también tú. Y, abandonando la cosecha, hui”.

322. Unos ancianos se recreaban en Escete, comiendo juntos, y se encontraban con ellos abba Juan. Se levantó un presbítero venerable para dar de beber, pero ninguno quiso recibirlo de él, más que Juan Colobos. Se asombraron y le dijeron: “¿Cómo tú, que eres el más pequeño de todos, aceptas ser servido por el presbítero?”. Y les respondió: “Cuando yo me levanto para servir la bebida, me alegra que todos tomen, para poder recibir yo el premio. Por eso lo acepté, para que él reciba el premio, y no se entristezca porque nadie recibió de él”. Y se admiraron de lo que había dicho y sacaron provecho de su discreción.

323. Estaba un día sentado frente a la iglesia, y los hermanos lo rodeaban e interrogaban acerca de sus pensamientos. Lo vio un anciano, atacado por la envidia, y le dijo: “Tu jarro, Juan, está lleno de veneno”. Respondió abba Juan: “Así es, abba, y esto dices mirando solamente el exterior. Si vieras lo que hay adentro, ¿qué dirías?”.

324. Decían los padres que estaban una vez los hermanos comiendo en un ágape, y rió uno de los hermanos que estaban en la

mesa. Lo miró abba Juan y lloró, diciendo: “¿Qué lleva este hermano en el corazón para reír, si debiera llorar más bien, porque come el ágape?”.

325. Vinieron una vez unos hermanos para tentarlo. El no dejaba vagar su pensamiento ni hablaba de cosa alguna de este mundo. Le dijeron: “Gracias a Dios que ha llovido mucho este año, y se regaron las palmeras y echan hojas, y los hermanos encuentran trabajo para sus manos”. Abba Juan les dijo: “Así es el Espíritu Santo: cuando desciende en los corazones de los hombres, se renuevan éstos y echan brotes en el temor de Dios”.

326. Decían de él que tejía una cuerda para fabricar dos esteras, pero que la empleó toda en una sola y no se dio cuenta hasta que llegó a la pared. Estaba su pensamiento entregado a la contemplación.

327. Dijo abba Juan: “Soy como un hombre sentado bajo un gran árbol, y que ve venir contra él muchas fieras y serpientes, y como no les puede resistir, sube al árbol y se salva. Del mismo modo, sentado en mi celda, veo los fieros pensamientos que vienen contra mí, y que no he de poder con ellos; huyo por la oración adonde está Dios, y me libro del enemigo”.

328. Dijo abba Pastor acerca de abba Juan Colobos, que había clamado a Dios, y Dios retiró de él las pasiones y se volvió impasible. Fue entonces y dijo a un anciano: “Me veo tranquilo y sin lucha”. Le dijo el anciano: “Ve, y ruega a Dios que llegue a ti la lucha, y tengas el combate que tenías antes y también la humillación. Porque el alma aprovecha en los combates”. Rogó y vino la lucha, y no volvió a pedir que se la quitara, sino que decía: “Dame, Señor, paciencia en los combates”.

329. Dijo abba Juan: “Un anciano tuvo esta visión: Estaban tres monjes a orillas del mar, una voz los llamó desde la otra orilla que decía: Tomad alas de fuego y venid a mí. Dos de ellos las tomaron y volaron hasta la otra orilla, pero el tercero se quedó, y lloraba mucho y se lamentaba. Al fin, también a él se le dieron alas,

pero no eran de fuego, sino débiles e impotentes, de modo que, cayendo y emergiendo del agua, con gran trabajo y aflicción, llegó a la orilla. Así es la generación presente, que, si recibe alas, no son de fuego, sino que consigue apenas unas débiles e impotentes”.

330. Un hermano preguntó a abba Juan: “¿Cómo es que mi alma herida no se avergüenza de hablar contra el prójimo?”. Le dijo el anciano una parábola acerca de la maledicencia: “Había un hombre pobre que estaba casado. Vio otra mujer, muy hermosa, y la tomó también a ella. Ambas estaban desnudas. Se celebraba en cierto lugar una fiesta y le pidieron: Llévanos contigo. Tomó a las dos y las puso en un tonel, subieron a una nave y llegaron hasta el lugar. Llegó la hora del calor y, mientras los hombres descansaban, una de las mujeres miró y, al no ver a nadie, fue adonde había un montón de basura, tomó unos trapos viejos se hizo una falda, y de esta manera andaba confiada. La otra, que estaba sentada desnuda dentro (del tonel), dijo: Mira a esa prostituta, que no se avergüenza de caminar desnuda. Se afligió el marido y le dijo: ¡Es admirable! Al menos ella cubrió sus partes deshonestas, pero tú estás enteramente desnuda. ¿No te avergüenzas de hablar así? Así es la detracción”.

331. El anciano dijo también al hermano, acerca del alma que quiere hacer penitencia: “Había en cierta ciudad una hermosa meretriz que tenía muchos amantes. Fue uno de los hombres principales y le dijo: Prométeme que vivirás castamente, y te tomaré por mujer. Ella se lo prometió. El se casó con ella y la llevó a su casa. Sus amantes la buscaban, diciendo: Ese hombre principal la tomó en su casa. Si nosotros vamos a su casa y se llega a enterar, nos condenará. Pero vayamos cerca de su casa, y silbemos, y ella, al conocer el silbido, bajará adonde estamos nosotros y seremos inocentes. Pero al oír el silbido, se tapó ella los oídos y fue a una habitación interior, y cerró las puertas”. Dijo el anciano que la meretriz es el alma, sus amantes son las pasiones y los hombres; el hombre principal es Cristo; la habitación interior es la morada eterna; los que silban son los malos demonios, pero el alma huye siempre adonde está el Señor.

332. Subía una vez abba Juan desde Escete con otros hermanos, y se perdió su guía. Dijeron los hermanos a abba Juan: “El her-

mano ha errado el camino, ¿qué haremos, abba, para no perdernos y morir?”. Dijo el anciano: “Si se lo decimos, se entristecerá y avergonzará. Haré como que estoy enfermo, y diré: No puedo marchar, me quedaré aquí hasta que amanezca”. Así lo hizo, y los demás dijeron: “Tampoco nosotros iremos, sino que nos quedaremos contigo”. Y permanecieron allí sentados hasta el alba y no escandalizaron al hermano.

333. Había un anciano en Escete, esforzado en los trabajos corporales, pero que no era discreto en las cosas del espíritu. Fue adonde estaba abba Juan, y le preguntó acerca del olvido. Después de oír su palabra, regresó a su celda, y olvidó lo que abba Juan le había dicho. Fue de nuevo a preguntárselo. Oyó de él una palabra semejante, y se retiró. Mas cuando llegó a su celda, la había olvidado de nuevo, y de esta manera iba frecuentemente, pero cuando regresaba lo dominaba el olvido. Después de esto, encontró al anciano y le dijo: “Sabes, abba, he olvidado cuanto me dijiste, pero por no molestarte, no he ido más”. Le dijo abba Juan: “Ve, enciende una lámpara”. Cuando la hubo encendido le dijo: “Trae otras lámparas y enciéndelas con esta”. Hizo también esto. Y dijo abba Juan al anciano: “¿Acaso faltó algo a la lámpara porque de ella encendiste a las demás?”. Respondió: “No”. Dijo el anciano: “De la misma manera, tampoco Juan (disminuye). Aunque todo Escete viniera a mí, no me alejaría de la gracia de Cristo. Cuando quieras venir, ven y no caviles”. Por la paciencia de ambos quitó Dios el olvido del anciano. Esta era la obra de los escetiotas: dar coraje a los que eran atacados, y hacerse violencia para adquirir una buena ganancia los unos para los otros.

334. Un hermano interrogó a abba Juan, diciendo: “¿Qué haré? A menudo viene un hermano para llevarme a trabajar, pero yo soy enfermo y débil, y me fatigo con el esfuerzo. ¿Qué debo hacer con la orden?”. Le respondió el anciano: “Dijo Caleb a Josué, hijo de Nun: Tenía cuarenta años cuando Moisés, el servidor de Dios, me mandó desde el desierto a esta tierra contigo. Tengo ahora ochenta y cinco años; como entonces, puedo ahora entrar y salir en guerra. También tú, si puedes salir al combate y puedes entrar, ve, pero si no puedes obrar de esa manera, sentado en tu celda llora tus pecados, y cuando te encuentren llorando, no te obligarán a salir”.

335. Dijo abba Juan: “¿Quién vendió a José?”. Un hermano respondió: “Sus hermanos”. Díjole el anciano: “No, fue su humildad la que lo vendió. Podía haber dicho: Soy hermano de ellos, y contradecir. Pero calló, y por eso lo vendió la humildad. Fue la humildad también la que lo constituyó gobernador en Egipto”.

336. Dijo abba Juan: “Dejando el peso liviano, es decir, acusarnos a nosotros mismos, hemos tomado el pesado, que es justificarnos”.

337. Dijo el mismo: “La humildad y el temor de Dios están por encima de las demás virtudes”.

338. Estaba el mismo sentado una vez en la iglesia, y suspiró, sin saber que había alguien cerca suyo. Cuando lo advirtió, hizo una metanía, diciendo: “Perdóname, abba, no he recibido todavía la enseñanza”.

339. Dijo el mismo a su discípulo: “Si honramos a uno, todos nos honrarán, pero si despreciamos a uno, es decir a Dios, todos nos despreciarán, e iremos a la perdición”.

340. Decían acerca de abba Juan que fuera una vez a la iglesia de Escete, y al oír las disputas de los hermanos volvió a su celda. Antes de entrar, la rodeó tres veces. Los hermanos que lo vieron, no sabían por qué había hecho esto, y fueron a preguntárselo. El les dijo: “Mis oídos estaban llenos de la disputa. Hice esas vueltas para purificarlos, y de esta manera entrar en mi celda con tranquilidad de mi espíritu”.

341. Un hermano fue una vez a la celda de abba Juan. Era tarde y estaba apurado por retirarse. Hablaban sobre las virtudes, y amaneció sin que lo advirtieran. Salió para despedirlo, y permanecieron conversando hasta la hora sexta. Lo hizo entrar, y después de comer se fue.

342. Dijo abba Juan: “*Custodia* es sentarse en la celda y acordarse siempre de Dios. Esto es aquello: Estaba preso (bajo custodia) y vinisteis a mí”.

343. Dijo también: “¿Quién es tan fuerte como el león? Y sin embargo, a causa del vientre cae en la trampa y es humillada su fuerza”.

344. Decía también: “Los Padres de Escete comían pan y sal, diciendo: No nos impongamos comer pan y sal, y por eso eran fuertes para la obra de Dios”.

345. Vino un hermano para llevarse los canastos de abba Juan. Salió éste y le dijo: “¿Qué quieres, hermano?”. El le respondió: “Los canastos, abba”. Entró para sacarlos, pero lo olvidó, y sentado, se puso a trenzar. Llamó de nuevo, y cuando salió, dijo: “Trae los canastos, abba”. Pero entró y se sentó nuevamente para trenzar. Llamó otra vez el hermano, y salió otra vez y le preguntó: “¿Qué quieres, hermano?”. El dijo: “Los canastos, abba”. Y tomándolo de la mano, lo introdujo, diciendo: “Si quieres los canastos tómalos y vete. Yo no tengo tiempo”.

346. Vino una vez un camellero, para cargar sus cosas y llevarlas a otro lugar. Entró (abba Juan) para buscar una estera, pero se olvidó, porque tenía el alma puesta en Dios. El camellero lo molestó de nuevo, llamando a la puerta, y otra vez, al volver a entrar, lo olvidó abba Juan. Llamó el camellero por tercera vez, y entró diciendo: “Estera, camello; estera, camello”. Decía esto para no olvidarlo.

347. Era el mismo de espíritu ferviente. Recibió una vez a uno que alabó su trabajo. Estaba trenzando una cuerda, y callaba. De nuevo aquél le habló, y permaneció en silencio. La tercera vez dijo al visitante: “Desde que has entrado aquí, has expulsado a Dios de mí”.

348. Vino un anciano a la celda de abba Juan, y lo encontró dormido. Un ángel estaba junto a él, y lo abanicaba. Al verlo, se retiró (el anciano). Cuando se despertó preguntó a su discípulo: “¿Vino alguien mientras yo dormía?”. Le respondió: “Sí, vino tal anciano”. Y supo abba Juan que ese anciano era semejante a él y que había visto al ángel.

349. Dijo abba Juan: “Yo quiero que el hombre tome un poco de cada virtud. Así cada día, al levantarte por la mañana, toma el principio de todas las virtudes y mandamientos de Dios, en la mayor paciencia, con temor y longanimidad, en el amor de Dios, con todo el celo del alma y el cuerpo, y con mucha humildad, soportando la aflicción del corazón y la vigilancia, en la oración respetuosa y abundante, con gemidos, en la pureza de la lengua y la vigilancia de los ojos. Deshonrado, y sin enojarte; pacífico, sin devolver el mal por el mal; sin mirar los pecados ajenos; sin compararte, poniéndote más bien por debajo de toda criatura; renunciando a la materia y a todo lo carnal, en la cruz, en el combate, en la pobreza de espíritu, en la voluntad y la ascesis espiritual, en el ayuno, en la penitencia y el llanto, en la lucha, en el discernimiento, en la pureza del alma; tomando lo que es bueno; practicando el trabajo manual en la *hesiquía*; en las vigiliias nocturnas, en el hambre y la sed, en el frío y la desnudez, en los trabajos. Cierra tu sepulcro, como si estuvieses muerto, para considerar a toda hora que tu muerte está cerca”.

350. Decían de abba Juan, que cuando regresaba de la cosecha o de visitar ancianos, se dedicaba a la oración, a la meditación y a la salmodia, hasta que su espíritu volvía al orden que tenía al principio.

351. Dijo un Padre acerca de él: “¿Quién es Juan, que por su humildad tiene a todo Escete suspendido de su dedo pequeño?”.

352. Preguntó un Padre a abba Juan Colobos: “¿Qué es un monje?”. Respondió: “El esfuerzo. Porque el monje se esfuerza en todo trabajo. Esto es ser monje”.

353. Dijo abba Juan Colobos: “Un anciano espiritual se recluyó; era él muy estimado en la ciudad y lo alababan mucho. Le dijeron: Uno de los santos está muriendo, ve a saludarlo antes de que muera. Pensó en su interior: Si salgo de día acudirán los hombres y seré glorificado, y yo no tendré reposo con todo eso. Saldré tarde, en la oscuridad, y a escondidas de todos. Cuando salió de la celda, tarde ya, como quien desea ocultarse, dos ángeles, enviados por Dios, lo alumbraban con lámparas. Toda la ciudad acudió entonces para ver su gloria, y así fue que, cuando él pensaba huir

de la estima, recibió la gloria. En esto se cumple lo que está escrito: Todo el que se humilla será exaltado”.

354. Dijo abba Juan Colobos: “No puede construirse una casa de arriba hacia abajo, sino desde los cimientos hasta la cumbre”. Le dijeron: “¿Qué quiere decir esta palabra?”. Les respondió: “El fundamento es el prójimo, al que debéis ganar, y por allí hay que comenzar. De ello penden todos los mandamientos de Cristo”.

355. Decían acerca de abba Juan: “Una joven perdió a sus padres y quedó huérfana; su nombre era Paesia. De su casa hizo un hospicio para recibir a los Padres de Escete. Perseveró de esta manera durante mucho tiempo, hospedando y atendiendo a los Padres. Después de un tiempo, cuando hubo gastado sus bienes, comenzó a pasar necesidad. La buscaron hombres perversos y la alejaron del buen propósito, y después comenzó a obrar mal, hasta prostituirse. Los padres lo oyeron y se entristecieron mucho, y acudieron a abba Juan Colobos, diciendo: Hemos oído acerca de aquella hermana, que vive mal, y mientras pudo ejercitó la caridad con nosotros. Mostrémosle ahora nosotros caridad a ella, ayudándola. Ve a verla, y dispón las cosas según la sabiduría que Dios te ha dado. Fue abba Juan adonde estaba ella y dijo a la vieja portera: Anúnciame a tu señora. Le respondió diciendo: Primero consumisteis lo que era suyo, ahora es pobre. Le dijo abba Juan: Dile que le traigo algo muy útil. Sus servidores le dijeron, burlándose: ¿Qué le darás, que quieres estar con ella? El les respondió, diciendo: ¿Cómo podéis saber lo que quiero darle? Subió la vieja y anunció su venida. Dijo la joven: Estos monjes van siempre hasta el Mar Rojo, y allí encuentran perlas. Adornándose, dijo: Tráelo. Mientras subía, se adelantó ella y se echó sobre la cama. Entró abba Juan y se sentó cerca suyo. Mirándola en el rostro le dijo: ¿Qué tienes que reprochar a Jesús para llegar a esto? Al oírlo, ella se conmovió, y abba Juan, con la cabeza inclinada, comenzó a llorar abundantemente. Ella dijo: Abba, ¿por qué lloras? Levantó él la cabeza, y la volvió a inclinar, llorando, y dijo: Veo a Satanás jugando en tu rostro, ¿no he de llorar? Al oírlo, dijo ella: ¿Hay penitencia, abba? Le respondió: Sí. Dijo ella: Llévame adonde quieras. El le dijo: Vamos. Ella, levantándose, lo siguió. Abba Juan vio que no dispuso ni ordenó nada acerca de su casa, y se admiró. Cuando estaban llegando al desierto atardecía. Hizo una pequeña almohada en la arena, y haciendo la señal de la cruz, le dijo: Duerme

aquí. Hizo lo mismo para sí, a poca distancia, y cuando concluyó sus oraciones, se acostó. Hacia la medianoche despertó, y vio un camino luminoso que bajaba desde el cielo hasta donde estaba ella, y vio a los ángeles de Dios que llevaban su alma. Levantándose, fue y la tocó con el pie. Cuando advirtió que estaba muerta, echóse rostro en tierra rogando a Dios. Y oyó que una hora de su penitencia había valido más que la penitencia de muchos que habían pasado en ella largo tiempo, pero que no habían mostrado el ardor de la suya”.

355 A. (956) Dijo también el anciano: “Tres filósofos eran amigos, y uno de ellos confió su hijo a otro de los tres. Llegado a la juventud, el muchacho se acercó a la mujer de su tutor, el cual, al saberlo, lo expulsó de su casa. Aunque estaba muy arrepentido el joven, no quiso el filósofo recibirlo nuevamente, y le dijo: Vete, y durante tres años trabaja como trasbordador en el río, y después te recibiré. Volvió pasados los tres años, pero el filósofo le dijo: Aún no has hecho penitencia. Trabaja tres años más, repartiendo tu salario, y soporta las injurias. Así lo hizo. Después de esto le dijo: Ahora vete a Atenas para aprender la filosofía. Había un anciano junto a la puerta de los filósofos que insultaba a los que entraban. Al ser insultado, el joven rió. El anciano le dijo: ¿Cómo? ¿Yo te insulto y tú ríes? Le respondió: ¿Cómo no quieres que ría? Durante tres años entregué mi salario para ser injuriado, y hoy me insultan gratis. Por eso río”. Abba Juan dijo: “Esta es la puerta de Dios. Nuestros padres, a través de muchas injurias, entraron alegres en la ciudad de Dios”.

355 B. (957) El mismo dijo a su hermano: “Aunque seamos cosa despreciable a los ojos de los hombres, alegrémonos, porque somos honrados ante Dios”.

355 C. (958) Dijo abba Pastor que abba Juan había dicho que los santos se parecen a un bosque de árboles que dan diferentes frutos, pero son regados por la misma agua. En efecto, una es la práctica de este santo, otra la de aquél, pero uno solo es el Espíritu que obra en todos ellos.

355 D. (959) Dijo el mismo: “Si el hombre tiene en su alma el instrumento de Dios, puede permanecer en la celda, aunque no

tenga el instrumento de este mundo. Y también, si posee el hombre los instrumentos de este mundo y no tiene los instrumentos de Dios, puede permanecer en la celda a causa de los instrumentos del mundo. Pero el que no tiene los instrumentos de Dios ni los del mundo, no puede absolutamente estar en la celda”.

355 E. Dijo también el anciano: “Ves cómo el diablo dio a Job el primer golpe en sus posesiones, y vio que no se entristeció ni se apartó de Dios. El segundo golpe tocó su cuerpo, y tampoco pecó este valiente atleta con la palabra de su boca, pues tenía en su interior lo que pertenece a Dios y se alimentaba de ello”.

355 F. (960) Estaba el mismo anciano sentado una vez en Escete, y los hermanos en torno suyo lo interrogaban sobre los pensamientos de ellos. Y uno de los ancianos le dijo: “Juan, eres como una ramera que busca tener más amantes”. Y abba Juan lo abrazó diciendo: “Dices la verdad, padre”. Después de esto, uno de sus discípulos le preguntó: “¿No estabas agitado interiormente, abba?”. Respondió: “No. Estaba por dentro igual que por fuera”.

355 G. (961) Decíase de él que el precio del trabajo que hacía en la cosecha, lo tomaba y lo llevaba a Escete, diciendo: “Mis viudas y huérfanos están en Escete”.

ABBA JUAN, EL CENOBITA

En la traducción latina de este apotegma se agrega al final el apotegma número 279, atribuido a Teodoro de Fermo.

356. Un hermano vivía en el cenobio y era muy esforzado en la ascesis. Los hermanos de Escete, cuando oyeron de él, fueron a verlo. Y entraron en el lugar donde él estaba trabajando. Los saludó y comenzó a trabajar, y mientras tanto, conversaba. Los hermanos, al ver lo que hacía, le dijeron: “Juan, ¿quién te dio el hábito? ¿Quién te hizo monje, y no te enseñó a recibir la melota de los hermanos y a decirles ‘orad’ o ‘sentaos’?”. Les respondió: “Juan, el pecador, no puede ocuparse de eso”.

ABBA ISIDORO

Isidoro fue monje de Escete y compañero de abba Macario. Casiano (Col. 18, 15) lo llama "el Grande" y según él presidía una de las cuatro comunidades de Escete.

357. Decían acerca de abba Isidoro, el presbítero de Escete, que si alguien tenía un hermano enfermo, negligente o colérico, y quería expulsarlo, le decía: "Tráemelo", y lo tomaba consigo, y lo llevaba, por su paciencia, a la salvación.

358. Un hermano le preguntó, diciendo: "¿Por qué te tienen tanto miedo los demonios?". Le respondió el anciano: "Desde que soy monje me esfuerzo para no dejar que la ira llegue a mi garganta".

359. Decía también que desde hacía cuarenta años sentía la tentación de pecar con el pensamiento, pero que nunca había cedido a la concupiscencia o a la cólera.

360. Dijo también: "Cuando era joven, permanecía en mi celda y no tenía medida para la oración: la noche y el día eran, para mí, tiempo de oración".

361. Dijo abba Pastor acerca de abba Isidoro: "Cada noche trenzaba un manojo de palmas, y los hermanos le rogaban, diciendo: Concédete un poco de descanso, que ya eres viejo. El les respondió: Aunque quemen a Isidoro, y dispersen al viento sus cenizas, no habrá gracia para mí, porque el Hijo de Dios ha venido aquí por nosotros".

362. Decía el mismo acerca de abba Isidoro que los pensamientos le dijeron: "Eres un gran hombre". El respondió: "¿Soy acaso como abba Antonio? ¡Ojalá fuese como abba Pambo o como los demás Padres que agradaron a Dios!". Cuando decía esto quedaba en paz. Pero cuando un pensamiento adverso le sugería la pusilanimidad, como si después de todo esto hubiera de ir to-

davía al suplicio, respondía: “Aunque me manden al tormento, os encontraré abajo mío”.

363. Dijo abba Isidoro: “Fui una vez a la plaza a vender los recipientes, y al ver que se acercaba a mí la ira, dejando los objetos, hui”.

364. Fue una vez abba Isidoro a visitar a abba Teófilo, el arzobispo de Alejandría, y cuando estuvo de regreso en Escete le preguntaron los hermanos: “¿Cómo está la ciudad?”. Les respondió: “En verdad, hermanos, no he visto rostro de hombre alguno, más que el del arzobispo”. Al oírlo, se turbaron, y le dijeron: “¿Acaso ha sucedido una catástrofe, abba?”. Replicó él: “No, pero el pensamiento no me venció para que los mirase”. Los que oían, se admiraron, y fueron confirmados para custodiar sus ojos de toda vagancia”.

365. Dijo el mismo abba Isidoro: “La prudencia de los santos es esta: conocer la voluntad de Dios. En la obediencia a la verdad supera el hombre a todo, pues es imagen y semejanza de Dios. De todos los pensamientos, el peor es seguir su propio corazón, es decir, su propio pensamiento en lugar de la ley de Dios, y por ello, se llega al dolor, porque no se conoció el misterio ni se encontró el camino de los santos, para esforzarse en él. Este es el tiempo de obrar para el Señor, porque la salvación está en el tiempo de la aflicción, como está escrito: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”.

365 A. (962) Contaba el mismo (abba Pastor) acerca de abba Isidoro que, cuando hablaba a los hermanos en la iglesia, decía solamente esta palabra: “Hermanos, escrito está: Perdona a tu prójimo, para recibir el perdón también tú”.

ABBA ISIDORO DE PELUSIO

Nació en Alejandría, pero se hizo monje y sacerdote en Pelusio, ciudad situada al este del delta del Nilo. No tuvo muchos contactos con los monjes de Escete y entró tardíamente en la colección de los apotegmas. Los que se le atribuyen a él no son más que extractos de su abundante colección de cartas.

366. Dijo abba Isidoro de Pelusio: “Vivir sin hablar es más útil que hablar sin vivir. El primero, aunque calle, trae provecho; el otro, hablando, turba. Pero si la palabra y la vida coinciden, entonces consuman el modelo de toda la filosofía”.

367. Dijo el mismo: “Honra las virtudes y no cultives las fortunas pasajeras. Pues aquellas son riquezas inmortales, pero éstas se extinguen rápidamente”.

368. Dijo también: “Muchos hombres aspiran a las virtudes, pero temen entrar por el camino que conduce hasta ellas, mientras que otros ni siquiera creen que existe la virtud. Es necesario persuadir a los primeros para que depongan su pereza, y a los segundos enseñarles que la virtud es verdaderamente virtud”.

369. Dijo también: “El vicio separa a los hombres de Dios y entre sí. Es necesario huir rápidamente de él y seguir la virtud, que lleva a Dios y une (a los hombres) entre sí. La definición de la virtud y de la filosofía es: la simplicidad con la prudencia”.

370. Dijo también: “Puesto que son grandes la altura de la humildad y el abismo de la arrogancia, os aconsejo que abracéis aquélla y no caigáis en ésta”.

371. Dijo también: “El amor apasionado de las riquezas es oneroso y lleno de audacia, no se sacia y lleva al alma que ha ocupado hasta el más extremo de los males. Expulsémoslo enérgicamente al principio, pues una vez que ha dominado es inexpugnable”.

ABBA ISAAC, PRESBITERO DE KELLIA

Isaac fue en su juventud discípulo de abba Cronio y de Teodoro de Fermo. Sucedió a Cronio como sacerdote y superior en Nitria, en 395. Según Paladio, Isaac fue uno de los desterrados por el arzobispo Teófilo en la lucha antiorigenista, el año 400. En sus apotegmas aparece cierta nostalgia por las virtudes y austeridades de los primeros tiempos.

372. Vinieron una vez para ordenar de presbítero a abba Isaac. Cuando lo supo, huyó a Egipto, y se retiró al campo, donde se escondió entre la hierba. Fueron los Padres en su seguimiento, y cuando llegaron al mismo campo, se quedaron allí para descansar. Era ya de noche, y soltaron al asno para que pastara. Fue el asno, y se detuvo junto al anciano. Al buscarlo por la mañana, encontraron a abba Isaac y se admiraron. Quisieron atarlo, pero no lo permitieron, diciendo: “Ya no huiré. Pues es voluntad de Dios, y dondequiera que huyese llegaría a lo mismo”.

373. Dijo abba Isaac: “Cuando era joven, vivía con abba Cronio, y nunca me ordenó que hiciese un trabajo, aunque era ya viejo y tembloroso, sino que se levantaba él mismo y daba de beber a mí y a los demás. También estuve con abba Teodoro de Fermo, y tampoco él me dijo que hiciese algo, sino que él mismo ponía la mesa y decía: Hermano, ven a comer si quieres. Yo le respondía: Abba, vine a ti para sacar provecho, ¿por qué no me mandas hacer algo? Pero el anciano callaba. Fui, y lo dije a los ancianos. Estos fueron adonde él estaba, y le dijeron: Abba, el hermano vino a tu santidad para sacar provecho, ¿por qué no le dices que haga algo? El anciano les respondió: No soy cenobiarca, ¿qué le puedo ordenar? Yo no le digo nada, pero si quiere, puede hacer lo que me vea hacer. Después de eso yo me adelantaba y hacía lo que estaba por hacer el anciano. Todo lo que éste hacía lo hacía en silencio, y así me enseñó a trabajar en silencio”.

374. Abba Isaac y abba Abraham vivían juntos. Al entrar abba Abraham encontró llorando a abba Isaac, y le dijo: “¿Por qué lloras?”. Respondió el anciano: “¿Por qué no *lloraremos?* ¿Adónde iremos? Nuestros padres han muerto. El trabajo manual no nos alcanza ya para pagar el precio del billete de la nave que tomábamos para visitar a los ancianos. Ahora somos huérfanos. Por esto lloro”.

375. Dijo abba Isaac: “Conocí un hermano que estaba cosechando en el campo, y quiso comer una espiga de trigo. Dijo al dueño del campo: ¿Permites que coma una espiga de trigo? Al oírlo, se admiró, y le dijo: El campo es tuyo, padre, ¿y me pides permiso? Hasta ese punto era exacto el hermano”.

376. Dijo también a los hermanos: “No traigáis niños aquí. Pues las cuatro iglesias de Escete se volvieron desiertas a causa de los niños”.

377. Decían acerca de abba Isaac que comía con su pan la ceniza del turíbulo de la ofrenda.

378. Dijo abba Isaac a los hermanos: “Nuestros padres, y abba Pambo, usaban ropas viejas, hechas de palmas y remendadas, pero ahora lleváis vestidos preciosos. ¡Marchaos de aquí! ¡Abandonad este lugar!”. Cuando estaba por salir para la cosecha, les dijo: “No volveré a daros órdenes, porque no las observáis”.

379. Contaba uno de los padres que un hermano se presentó en la iglesia de Kellia, que estaba a cargo de abba Isaac, llevando una pequeña cogulla. El anciano lo expulsó, diciendo: “Este es un lugar para monjes; tú eres seglar y no puedes permanecer aquí”.

380. Dijo abba Isaac: “Jamás he introducido en mi celda un pensamiento contra un hermano que me afligió. Y también me esforcé para que no estuviese el hermano en su propia celda con un pensamiento contra mí”.

381. Enfermó gravemente abba Isaac, y estuvo así durante largo tiempo. Un hermano le hizo un poco de cocido, y le puso también frutos de sebestén, pero el anciano no quiso probarlo. El hermano le rogaba, diciendo: “Toma un poco, abba, que estás enfermo”. El anciano le respondió: “Verdaderamente, hermano, quisiera pasar treinta años en esta enfermedad”.

382. Decían acerca de abba Isaac que, cuando estaba cercano a la muerte, se reunieron en torno suyo los ancianos, y le dijeron: “¿Qué haremos, abba, cuando te hayas marchado?”. El respondió: “Mirad cómo he obrado cuando estaba con vosotros; si vosotros también queréis seguirme y guardar los mandamientos de Dios, enviará él su gracia y conservará este lugar. Pero si no los guardáis, no permaneceréis en este lugar. Porque también noso-

tros, cuando estaban por morir nuestros Padres, nos encontrábamos tristes, pero observando los mandamientos de Dios y las exhortaciones de ellos, permanecemos, como si hubieran estado con nosotros. Haced vosotros así, y seréis salvados”.

383. Dijo abba Isaac: “Dijo abba Pambo que la túnica del monje debe ser tal que, si permaneciere tirada fuera de la celda durante tres días, nadie la recoja”.

ABBA JOSE DE PANEFO

Panefo o Panephysis está situado en la parte oriental del delta del Nilo y allí vivió abba José como solitario. Casiano describe la región y cita a abba José como autor de varias de sus Conferencias (11 a 17 y 19 a 24). En los apotegmas lo vemos relacionado con Lot y Pastor.

384. Fueron algunos Padres adonde estaba José de Panefo para interrogarlo acerca de la recepción de los hermanos que alojaban con ellos, si era necesario juntarse con ellos y hablarles con confianza. Antes de ser interrogado dijo el anciano a su discípulo: “Atiende a lo que haré hoy y sopórtalo”. Puso el anciano dos esteras, una a su derecha y otra a su izquierda, y dijo: “Sentaos”. Entró en su celda y se puso ropas de mendigo. Salió, pasó por en medio de ellos y volvió a entrar; se puso sus ropas, salió otra vez y se sentó con ellos. Estaban asombrados por lo que había hecho el anciano. El les dijo: “¿Observasteis lo que hice?”. Respondieron: “Sí”. “¿Acaso yo cambié a causa de la ropa más vil?”. Respondieron: “No”. El les dijo: “Si soy el mismo con ambas vestimentas, la primera no me cambió ni la segunda me perjudicó. De esta manera debemos conducirnos al recibir a los hermanos peregrinos, como dice el evangelio: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Cuando lleguen los hermanos, recibámoslos con confianza. Es cuando estamos solos que necesitamos la compunción, para que permanezca con nosotros”. Los que lo oyeron quedaron

admirados, porque les dijo lo que ellos tenían en sus corazones antes de interrogarlo. Y glorificaron a Dios.

385. Dijo abba Pastor a abba José: “¿Dime cómo me haré monje?”. Le respondió: “Si quieres encontrar el descanso ahora y después, en toda ocasión di: ¿Quién soy yo? Y no juzgues a nadie”.

386. Preguntó el mismo a abba José, diciendo: “¿Qué debo hacer cuando se acercan las pasiones? ¿Les resisto o las dejo entrar?”. Respondió el anciano: “Déjalas entrar, y pelea contra ellas”. Regresó a Escete y permaneció en su celda. Llegó a Escete un tebeo y dijo a los hermanos: “Pregunté a abba José: ¿Si se acercan las pasiones, debo resistir o permitirles entrar? Y me respondió: No dejes entrar las pasiones, sino córtalas en seguida”. Oyó abba Pastor que abba José había hablado de esta manera al tebeo, y levantándose fue hasta donde él estaba, en Panefo, y le dijo: “Abba, yo te he confiado mis pensamientos, y has respondido diversamente al tebeo y a mí”. Le dijo el anciano: “¿No sabes que te amo?”. Y respondió: “Sí”. El anciano le dijo: “Si entran las pasiones y luchas contra ellas, dando y recibiendo, te harán más probado. Yo te hablé como si hablase a mí mismo. Pero hay otros a los que no conviene se acerquen las pasiones, sino que es necesario que las alejen rápidamente”.

387. Preguntó un hermano a abba José, diciendo: “¿Qué debo hacer, pues no puedo soportar los males ni trabajar para hacer caridad?”. El anciano respondió: “Si no puedes hacer esto ni aquello, al menos guarda tu conciencia de todo mal para con tu prójimo, y serás salvado”.

388. Dijo un hermano: “Fui una vez hasta la Heraclea inferior, donde estaba abba José, que tenía en su monasterio una morera excelente. Por la mañana me dijo: Ve, come. Como era viernes, no fui, a causa del ayuno. Le rogué: Por Dios, explícame este pensamiento: tú me dices: Ve, come, mas yo no fui porque era ayuno; pero tu mandamiento me avergüenza, pensando: ¿Por qué razón el anciano me habló así? ¿Qué debía hacer, pues me ordenaste: come? Le dijo: Los Padres no dicen al principio a los hermanos lo

recto, sino lo ambiguo. Si los ven hacer el mal, no les hablan ya de lo ambiguo, sino que les dicen la verdad, pues saben que serán obedientes en todo”.

389. Dijo abba José a abba Lot: “No se puede ser monje, si no se es como un fuego ardiente”.

390. Fue abba Lot a ver a abba José, y le dijo: “Abba, según mis fuerzas hago mi pequeño oficio, y mi pequeño ayuno, y la oración, y la meditación, y la *hesiquía*, y según mis fuerzas purifico mis pensamientos. ¿Qué más debo hacer?”. El anciano, levantándose, extendió las manos hacia el cielo, y sus dedos se pusieron como diez lámparas de fuego. Y le dijo: “Si quieres, hazte totalmente como el fuego”.

391. Un hermano habló así a abba José: “Deseo irme del cenobio para vivir solo”. El anciano le dijo: “Donde veas que tu alma está en calma y no sufre perjuicio, quédate”. El hermano le dijo: “Estoy en calma tanto en el cenobio como cuando estoy solo, ¿qué me aconsejas?”. El anciano respondió: “Si estás en calma en el cenobio y también cuando estás solo, pon los dos pensamientos como en una balanza, y lo que veas que aprovecha más y adelanta a tu alma, hazlo”.

392. Fue un anciano adonde estaba uno de sus compañeros, para dirigirse juntos a visitar a abba José, y le dijo: “Manda a tu discípulo que ensille el asno”. Respondió: “Llámalo, para que haga lo que tú quieres”. Le preguntó: “¿Cómo se llama?”. Y respondió: “No sé”. Y le dijo: “¿Cuánto tiempo lleva contigo que no sabes todavía su nombre?”. Le respondió: “Dos años”. Le dijo entonces el anciano: “Si tú no conoces el nombre de tu discípulo después de dos años, ¿qué necesidad tengo yo de aprenderlo por un día?”.

393. Los hermanos se reunieron una vez con abba José, y mientras estaban sentados y lo interrogaban, él se alegraba. Y les dijo, lleno de consuelo: “Hoy soy rey, porque he reinado sobre las pasiones”.

394. Decían de abba José de Panefo, que cuando estaba a punto de morir, y se hallaban los ancianos sentados a su alrededor, miró hacia la puerta y vio al diablo sentado a la puerta. Y llamando a su discípulo le dijo: “Trae el bastón. ¿Acaso éste se cree que porque he envejecido, ya no tengo poder sobre él?”. Y apenas tomó el bastón, vieron los ancianos cómo salía el diablo por la puerta, como un perro, y desaparecía.

ABBA JACOBO

No poseemos ningún dato que permita identificar a este abba Jacobo.

395. Dijo abba Jacobo: “Es cosa mayor ser huésped que recibir un huésped”.

396. Dijo también: “El que es alabado, debe pensar en su pecado, y saber que no es digno de alabanza”.

397. Dijo también: “Así como la lámpara ilumina un cuarto oscuro, del mismo modo el temor de Dios, cuando viene al corazón del hombre, lo ilumina y le enseña todas las virtudes y mandamientos de Dios”.

398. Dijo también: “No sólo hay necesidad de la palabra. Pues en esta época hay muchas palabras entre los hombres. Hay más bien necesidad de obras: esto es lo que se busca, no palabras, que no dan fruto”.

398 A. (963) Dijo también que uno de los ancianos había dicho: “Cuando vivía en el desierto tenía como vecino a un niño que habitaba en la soledad. Visitándolo, lo vi orar y pedir a Dios que le concediera tener paz con las fieras. Después de la oración, se puso bajo una hiena que estaba cerca de allí, amamantando a sus pequeños, y comenzó a mamar con ellos”.

398 B. (964) Otra vez lo vi orar y pedir al Señor: “Dame la gracia de ser amigo del fuego”. E hizo una hoguera y dobló sus rodillas en medio de ella, orando al Señor”.

ABBA HIERAX

Existen varios monjes con este nombre; el más conocido es el mencionado en el capítulo 22 de la “Historia lausíaca”.

399. Un hermano rogó a abba Hierax, diciendo: “Dime una palabra, ¿qué he de hacer para salvarme?”. El anciano le respondió: “Permanece en tu celda. Si tienes hambre, come; si tienes sed, bebe; no hables mal de nadie, y serás salvo”.

400. Dijo también: “Nunca he dicho ni he querido escuchar una sola palabra mundana”.

400 A. Interrogó un hermano a abba Hierax: “Dime lo que tengo que hacer para salvarme”. Le respondió el anciano: “Permanece en tu celda y no hables mal de nadie, y serás salvo”.

ABBA JUAN EL EUNUCO

Nada sabemos de este monje. Los apotegmas números 401 y 402 están relacionados con Teodoro de Fermo.

401. Abba Juan el eunuco, cuando era joven todavía, interrogó a un anciano: “¿Cómo pudisteis vosotros hacer la obra de Dios en el reposo, y nosotros no lo podemos ni siquiera con esfuerzo?”. Respondió el anciano: “Nosotros pudimos hacerlo poque le dimos el lugar principal al trabajo de Dios, y el menor a la necesidad del cuerpo. Mas vosotros tenéis como principal la necesidad del cuerpo, y consideráis la obra de Dios como menos necesaria. Es por

eso que sufrís. Por lo mismo dijo el Salvador a los discípulos: Hombres de poca fe, buscad primero el reino de Dios, y todo esto se os agregará”.

402. Abba Juan dijo: “Nuestro padre Abba Antonio dijo: Nunca antepuse mi comodidad a la utilidad de mi hermano”.

ABBA JUAN DE RAITHU

Estos apotegmas provienen del “Prado espiritual” de Juan Mosco (cap. 115).

403. Abba Juan, el de Kilix, que era hegúmeno en Raithu, decía a los hermanos: “Hijos, así como huimos del mundo, huyamos también de los deseos de la carne”.

404. Dijo también: “Imitemos a nuestros Padres: ¡con cuánta austeridad y cuánto reposo vivieron en este lugar!”.

405. Dijo también: “Hijos, no manchemos este lugar, que nuestros Padres limpiaron de demonios”.

406. Dijo también: “Este lugar es de ascetas, no de negociantes”.

ABBA JUAN DE KELLIA

Nada sabemos de este abba de la región de las Celdas.

407. Relató abba Juan de Kellia: “Había una ramera en Egipto, que era hermosísima y muy rica, y acudían a ella hombres principales. Se encontraba un día cerca de la iglesia y quiso entrar. Mas el subdiácono, que estaba en la puerta, no se lo permitió, diciendo: “No eres digna de entrar en la casa de Dios, pues eres impura”.

Mientras discutían, oyó el obispo el ruido, y salió. La meretriz le dijo: Este no me permite entrar en la iglesia. El obispo le dijo: No puedes entrar, porque eres impura. Ella, tocada de compunción, dijo: No volveré a fornicar. Le replicó el obispo: Si traes aquí tus riquezas sabré que no fornicarás más. Las trajo, y el obispo las quemó en el fuego. Y ella entró en la iglesia, llorando y diciendo: Si esto me ha sucedido aquí, ¿qué habré de padecer allá? E hizo penitencia y se convirtió en un vaso de elección”.

ABBA JUAN DE TEBAIDA

Se trata de Juan de Licópolis, mencionado en el primer capítulo de la “Historia de los monjes de Egipto”.

408. Dijo abba Juan de Tebaida: “El monje tiene que adquirir la humildad. Este es el primer mandamiento del Salvador, que dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

ABBA ISIDORO, EL PRESBITERO

Los apotegmas números 409 y 415 pueden relacionarse con Isidoro de Escete; los números 410, 411, 412, 413 y 414 son extractos de las cartas de Isidoro de Pelusio.

409. Decían de abba Isidoro, el presbítero, que fue a verlo cierto hermano para invitarlo a comer, mas el anciano no quiso ir, diciendo: “Adán, engañado por el alimento, tuvo que vivir fuera del paraíso”. El hermano le preguntó: “¿Tanto temes salir de tu celda?”. Le respondió: “Hijo, temo porque el diablo como león rugiente busca a quien devorar”. Muchas veces habló de esta manera, diciendo: “Si uno se entrega a la bebida, no podrá liberarse del ataque de los pensamientos. Pues Lot, obligado por sus hijas, se emborrachó de vino, y por ebriedad, el diablo lo condujo fácilmente a una fornicación ilícita”.

410. Dijo abba Isidoro: “Si deseas el reino de los cielos, desprecia las riquezas y responde a los favores divinos”.

411. Dijo también: “No es posible vivir según Dios, si amas los placeres y el dinero”.

412. Dijo también: “Si os esforzáis regularmente en el ayuno, no os ensoberbecáis. Es preferible comer carne a gloriaros en esto. Conviene más al hombre comer carne, que ensoberbecerse y gloriarse”.

413. Dijo también: “Es necesario que los discípulos amen a sus maestros como a padres, y los teman como a jefes, y no pierdan el temor a causa del amor, ni oscurezcan el amor a causa del temor”.

414. Dijo también: “Si deseas la salvación, haz todo lo que te conduce a ella”.

415. Decían acerca de abba Isidoro que cuando un hermano iba a verlo, huía al interior de la celda. Los hermanos le dijeron: “Abba, ¿qué haces?”. Y respondió: “Las fieras que huyen a sus guaridas se salvan”. Esto lo decía para utilidad de los hermanos.

ABBA JUAN EL PERSA

Nada sabemos de este abba.

416. Vino una vez un niño para ser curado del demonio. Vinieron también hermanos de un cenobio de Egipto. Salió el anciano y vio que un hermano estaba pecando con el niño, mas no lo acusó, diciendo: “Si Dios que los formó, los ha visto y no los abrasa, ¿quién soy yo para acusarlos a ellos?”.

417. Uno de los Padres dijo de abba Juan el persa que, por la abundancia de su amor, había llegado a una profunda inocencia. Vivía en Arabia de Egipto. Una vez pidió en préstamo a un her-

mano una moneda de oro, y compró lino para trabajar. Vino un hermano a rogarle, diciendo: “Dame, abba, un poco de lino para hacerme un levitón”. Y se lo dio con alegría. Vino también otro a rogarle: “Dame un poco de lino, para tejer una tela para mí”. Diole también a éste. Y a los demás que le pedían, les daba simplemente y con alegría. Al fin, vino el dueño de la moneda para buscarla. El anciano le dijo: “Salgo y te la traigo”. Mas no teniendo cómo devolverla, se levantó y fue adonde estaba abba Jacobo, el de la diaconía, a rogarle que le diese una moneda, para devolvérsela al hermano. En el camino encontró por tierra una moneda, mas no la tocó. Después de hacer oración, volvió a su celda. Vino otra vez el hermano por la moneda, y el anciano le dijo: “Me estoy preocupando”. Salió nuevamente, encontró la moneda por tierra, donde la había visto antes, y haciendo nuevamente oración, volvió a su celda. Vino otra vez a importunarlo el hermano. El anciano le dijo: “Esta vez la traeré ciertamente”. Se levantó y fue a aquel lugar, y encontró la moneda. Hizo oración, la tomó y fue donde abba Jacobo y le dijo: “Abba, al venir para aquí encontré esta moneda en el camino. Haz la caridad de anunciarlo en la región por si alguien la hubiese perdido, y si aparece el dueño, entrégasela”. El anciano fue y lo anunció durante tres días, y no se halló que alguien hubiese perdido la moneda. El anciano dijo a abba Jacobo: “Si nadie la ha perdido, dásela al hermano tal, pues se la debo. La encontré cuando venía a pedirte me la dieras por caridad para saldar la deuda”. Se admiró el anciano de que, estando endeudado y habiendo encontrado la moneda, no la tomara y pagara con ella. También era admirable en él, que si iba alguien a pedirle una cosa prestada, no se la entregaba, sino que decía al hermano: “Ve, toma lo que necesitas”. Cuando se lo devolvían, decía: “Ponlo otra vez en su lugar”. Y si no devolvían lo que se habían llevado, no decía nada.

418. Decían acerca de abba Juan el persa que a unos malhechores que llegaron a su celda, trajo un lavabo y quiso lavarles los pies, mas ellos, avergonzados, comenzaron a pedir perdón.

419. Dijo uno a abba Juan el persa: “Hemos soportado tan gran trabajo por el reino de los cielos, ¿lo recibiremos en herencia?”. Y respondió el anciano: “Creo que recibiré en herencia la Jerusalén de arriba, que está escrita en los cielos. Es fiel el que lo ha prometi-

do, ¿por qué habría de desconfiar? He sido hospitalario como Abraham, manso como Moisés, santo como Aarón, paciente como Job, humilde como David, solitario como Juan, lleno de compunción como Jeremías, maestro como Pablo, fiel como Pedro, sabio como Salomón. Como el ladrón, tengo confianza que, así como su innata bondad nos otorgó todo esto, también nos concederá el reino”.

ABBA JUAN EL TEBEO

Este monje joven fue discípulo de abba Amoés, quien en el apotegma número 132 lo llama “monje fiel”, lo que concuerda mucho con lo que se dice de él en el presente número 420.

420. Decían acerca del joven Juan el tebeo, discípulo de abba Amoés, que pasó doce años sirviendo al anciano, que estaba enfermo. Permanecía sentado sobre la estera con él. El anciano no lo tomaba en cuenta, y aunque trabajaba mucho por él, nunca le dijo: “Sé salvo”. Llegado el momento de la muerte, mientras le rodeaban los ancianos, tomó la mano (del discípulo) y le dijo: “Sé salvo, sé salvo”. Y lo confió a los ancianos, diciendo: “Este es un ángel, no un hombre”.

ABBA JUAN, DISCIPULO DE ABBA PABLO

Este relato es uno de los más famosos en los anales monásticos para exaltar el valor de la obediencia, junto con el apotegma número 316. El héroe de este relato es anónimo.

421. Decían de abba Juan, el discípulo de abba Pablo, que era de gran obediencia. Vivían entre sepulcros, y allí habitaba también una hiena. El anciano vio que había estiércol en el lugar, y mandó a Juan que fuera a buscarlo y lo trajese. Le dijo él: “¿Qué he de hacer, abba, con la hiena?”. Bromeando, le respondió el anciano:

“Si te parece, ájala y tráela para aquí”. El hermano fue por la tarde hasta el lugar, y de repente se apareció la hiena, frente a él. Entonces, según la palabra del anciano, se lanzó sobre ella para dominarla, mas la hiena huyó. Salió en su persecución, diciendo: “Mi abba me dijo que te atara”. Y la agarró y la ató. El anciano estaba inquieto, y se sentó a esperarlo. Volvió (el discípulo) con la hiena atada, y el anciano se asombró al verlo. Pero, queriendo humillarlo, lo golpeó diciendo: “Necio, me has traído un perro estúpido”. Y el anciano la desató en seguida y la dejó partir.

ABBA ISAAC EL TEBEO

También éste era un monje proveniente de Tebas. El Apolo mencionado en el apotegma número 423 puede ser el mismo abba del que habla el capítulo 8 de la “Historia de los monjes de Egipto”.

422. Fue una vez abba Isaac el tebeo a un cenobio. Vio a un hermano que estaba pecando, y lo condenó. Cuando regresaba al desierto vio un ángel del Señor, de pie frente a la puerta de su celda, diciendo: “No te permito entrar”. El le rogaba: “¿De qué se trata?”. Respondiendo, le dijo el ángel: “Dios me envió, diciéndome: Dile, ¿dónde debo mandar al hermano pecador que condenaste?”. Arrepentido, dijo: “He pecado, perdóname”. Le respondió el ángel: “Levántate, Dios te perdona. Pero, en adelante, cuídate de juzgar a nadie antes de que sea juzgado por Dios”.

423. Se contaba que abba Apolo tenía un discípulo, llamado Isaac, educado perfectamente en toda obra buena y que había recibido el don del recogimiento en la santa oblación. Cuando iba a la iglesia, no permitía que se le acercara nadie. Su palabra era: “Toda cosa buena a su tiempo, pues hay un tiempo para cada cosa”. Cuando concluía la sinaxis huía como el fuego, para dirigirse a su celda. Daban a veces a los hermanos, después de la sinaxis, unos panecillos con un vaso de vino, mas él no lo tomaba; no porque rechazase la bendición (*eulogia*) de los hermanos, sino para conservar la quietud de la sinaxis. Cayó una vez enfermo. Lo oyeron los hermanos y fueron a visitarlo. Cuando los hermanos estuvieron

sentados, le preguntaron: “Abba Isaac, ¿por qué huyes de los hermanos después de la sinaxis?”. Les respondió: “No huyo de los hermanos, sino de las malas artes del demonio. Si uno tiene una lámpara encendida y se demora al aire libre, el viento la apaga. Así también nosotros: cuando hemos sido iluminados por la sagrada oblación, si nos demoramos fuera de la celda, se oscurece el espíritu”. Esta fue la manera de vivir (*politeía*) del santo abba Isaac.

ABBA JOSE EL TEBEO

Nada sabemos de este nuevo monje tebano, pero su doctrina del valor de la sumisión a un padre espiritual es una de las más importantes. La misma idea se encuentra en los apotegmas números 764 y 802.

424. Dijo abba José el tebeo: “Hay tres obras que son valiosas en presencia del Señor: que cuando el hombre está enfermo y es probado, lo reciba con acción de gracias; la segunda es si hace todas sus obras puras en presencia de Dios, y nada tiene de humano; la tercera es si vive en la sujeción al padre espiritual y renuncia a todas sus voluntades. Tendrá este hombre una corona excelente. Mas yo, por mi parte, he elegido la debilidad”.

ABBA HILARION

San Jerónimo nos proporciona la biografía de este santo monje palestino, émulo del egipcio san Antonio. El apotegma deriva sin duda del círculo de los discípulos de san Hilarión.

425. Abba Hilarión fue desde Palestina hasta la montaña donde vivía abba Antonio. Y abba Antonio le dijo: “bienvenido, lucero del alba”. Abba Hilarión le contestó: “La paz sea contigo, columna de luz que iluminas a toda la tierra”.

ABBA ISQUIRION

Nada sabemos de este abba, ni del motivo por el cual mereció el calificativo de "Grande".

426. Los santos Padres profetizaron acerca de la última generación. Decían: "¿Qué hemos hecho nosotros?". Y uno de ellos, el gran Isquirión, respondió: "Nosotros hicimos los mandatos de Dios". Le preguntaron: "¿Qué harán los que vendrán después de nosotros?". Y dijo: "Llegarán a hacer la mitad de nuestro trabajo". Preguntaron nuevamente: "¿Y qué será de los que vengan después de ellos?". Les respondió: "Esas generaciones no harán ningún esfuerzo, y se alzarán con ellos la tentación, y los justos que se encuentren en ese tiempo serán hallados más grandes que nosotros y nuestros Padres".

INDICE

Introducción	5
Nota sobre la numeración	11
Prólogo al libro de los santos ancianos	13
LETRA ALFA	
Abba Antonio	15
Abba Arsenio	22
Abba Agatón	33
Abba Ammonas	39
Abba Aquiles	42
Abba Amoes	44
Abba Amún de Nitria	45
Abba Anub	46
Abba Abraham	47
Abba Ares	48
Abba Alonio	48
Abba Apphy	49
Abba Apolo	49
Abba Andrés	51
Abba Aio	51
Abba Amonathas	51
LETRA BETA	
Basilio el Grande	53
Abba Besarión	53
Abba Benjamín	56
Abba Biare	57
LETRA GAMMA	
Abba Gregorio el teólogo (Nacienceno)	58
Abba Gelasio	58
Abba Geroncio	62
LETRA DELTA	
Abba Daniel	63
Abba Dióscoro	66
Abba Dulas	67
LETRA EPSILON	
San Epifanio, obispo de Chipre	68
San Efrén	70
Eucaristo, seglar	71

Eulogio, presbítero	72
Abba Euprepio	73
Abba Eladio	74
Abba Evagrio	75
Abba Eudemón	77
LETRA ZETA	
Abba Zenón	78
Abba Zacarías	80
LETRA ETA	
Abba Isaías	82
Abba Elías	83
Abba Heraclio	85
LETRA THETA	
Abba Teodoro de Fermo	87
Abba Teodoro de Ennatón	92
Abba Teodoro de Escete	93
Abba Teodoro de Eleuterópolis	93
Abba Teodoto	94
Abba Teonas	94
Teófilo, el arzobispo	95
Amma Teodora	97
LETRA IOTA	
Abba Juan Colobos (o el enano)	100
Abba Juan, el cenobita	110
Abba Isidoro	111
Abba Isidoro de Pelusio	112
Abba Isaac, presbítero de Kellia	113
Abba José de Panefo	116
Abba Jacobo	119
Abba Hierax	120
Abba Juan el eunuco	120
Abba Juan de Raithu	121
Abba Juan de Kellia	121
Abba Juan de Tebaida	122
Abba Isidoro, el presbítero	122
Abba Juan el persa	123
Abba Juan, el tebeo	125
Abba Juan, discípulo de abba Pablo	125
Abba Isaac el tebeo	126
Abba José el tebeo	127
Abba Hilarión	127
Abba Isquirión	128

I.S.B.N. (obra completa) 84-7770-201-2

I.S.B.N. (tomo 1) 84-7770-200-4

Depósito Legal: MA-72-1991

Imprime: Reprografía Malagueña, S.L.

C/. San Millán 11.